

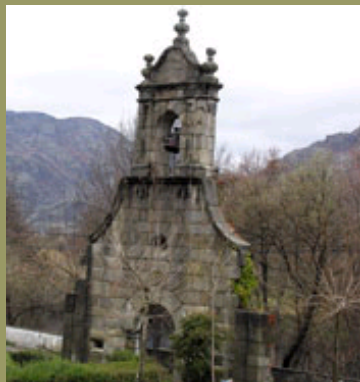
RIBADELAGO

La apacible historia de esta humilde aldea quedó truncada, a las cero horas de la madrugada del 9 de Enero de 1959, al producirse la rotura de la presa de Vega de Tera.

Ribadelago fue casi barrido de la faz de la tierra. 144 personas murieron en tan solo unos minutos, cerca de la mitad eran niños menores de 14 años. 116 cuerpos nunca se encontraron y yacen en las profundas aguas del lago. Estos datos, que apenas ocupan unos renglones, encierran una enorme tragedia que resulta imposible describir con palabras. El hecho marcará para siempre la historia de esta aldea que sobrevivía a la vera de un tranquilo río. Como en tiempos de los abades de San Martín de Castañeda, que les prohibían pescar las ricas truchas del lago que los cercaba contra las montañas pues tenían la exclusiva los monjes, tampoco les fue permitido en tiempos más modernos regar sus pequeños huertos con el agua del río. Sin embargo, grandes compañías, como antes los abades, sí pueden desviar los cauces de los ríos varios kilómetros, encauzarlos por umbríos túneles y retener a su gusto y para su provecho inmensas masas de agua.

Tras la destrucción de Ribadelago se construyó para los que sobrevivieron un pequeño pueblo a la vera del lago, con un trazado y diseño extraídos con urgencia del plan de Badajoz. Ni la funcionalidad de las casas, ni su emplazamiento en una zona sombría que en invierno no lo alcanza el sol, convencieron a sus habitantes. Muchos de ellos, han tornado al pueblo antiguo.

Antigua casa de Ribadelago; construida sobre una loma pudo escapar de la fuerza arrolladora de las aguas. En el año 1959 Ribadelago era una humildísima aldea de gente trabajadora y sufrida; su tragedia había comenzado años antes, pues muchos de sus hombres perdieron la vida en los trabajos de la sierra.



Espadaña de la iglesia de Ribadelago Viejo que quedó destruida. Sobre su tejado pudieron salvarse varias personas. La espadaña fue trasladada a Ribadelago Nuevo. Al fondo el Cañón del Tera por el que se precipitaron las aguas en su destructora carrera hasta remansar en el lago, que impidió que la tragedia se propagara a otros pueblos de la ribera del Tera

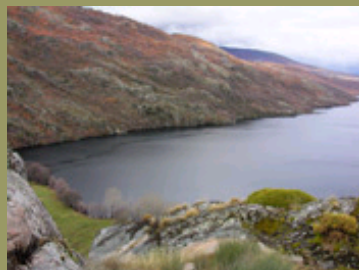


El viajero puede acercarse a la soledad de este lugar, dar un paseo por las entrañas de aquellos montes, subir al cerro del Castro a cuyos pies se extiende el lago transparente y profundo. Si es creyente puede elevar una oración al cielo, pues no encontrará lugar en Sanabria más cercano a Dios. Fuera de los templos. Fuera de lugares de artificio. Quizá su oración alcance y consuele los gritos de dolor que aún se perciben en el aire.



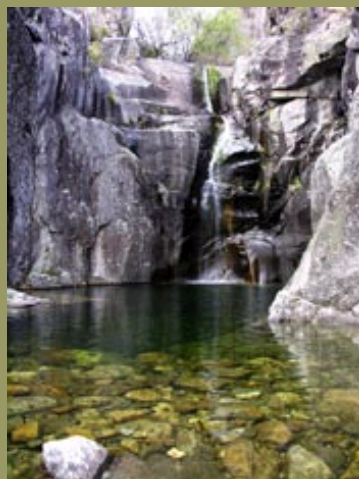
Cerro del Castro a cuyos pies se extiende el lago transparente y profundo. En las aguas, la soledad de la pequeña isla de Las Moras

Si toma desde el pueblo viejo el sendero que bordea la margen izquierda del lago hasta su lado Este, podrá disfrutar de sutiles y callados rincones que encierran una belleza estremecedora; no tenga prisa por llegar, la recompensa es el camino. Los más aventureros pueden subir al Pico el Fraile y observar el lago desde la altura, como lo observan las águilas que flotan en el aire y después, tras una caminata, podrán alcanzar las agrestes Lagunas de la Clara.



El lado norte del lago esconde sutiles y callados rincones

No menos hermoso es subir por el Cañón del Tera, contemplar absorto la Poza de las Ninfas y alcanzar la Cueva de San Martín, reducida copia del Paraíso que había remedado la naturaleza, y que en parte quedó destruida con la rotura de la presa.



Poza de las Ninfas en uno de los regatos del Cañón del Tera. En estos parajes abundan profundas cavidades y simas que la acción del hielo horadó lentamente en los roquedos, y que se encuentran repartidas por barrancos y cañones.